

# PROVINCIA ME MATA

PREMIO DE NARRATIVA  
«MANUEL JOSÉ OTHÓN»

2017

# PROVINCIA ME MATA

*por*

Nuria Kaiser



SECRETARÍA  
DE CULTURA

DIRECCIÓN  
DE PUBLICACIONES  
Y LITERATURA

CULTURA  
SECRETARÍA DE CULTURA



editorial  
PONCIANO  
ARRIAGA  
GOBIERNO DEL ESTADO DE SAN LUIS POTOSÍ

*F*ICTICIA

MÉXICO  
2018

Dentro de la edición del Certamen 20 de Noviembre, convocado por el Gobierno del Estado de San Luis Potosí, la obra *Provincia me mata* de Nuria Kaiser obtuvo el Premio de Narrativa Manuel José Othón de 2017 por decisión del jurado calificador integrado por Eduardo Antonio Parra Caballero, Magali Velasco Vargas y Gonzalo Lizardo Méndez.

PROVINCIA ME MATA  
D.R. © Nuria Kaiser  
D.R. © Ficticia S. de R. L. de C. V.  
D.R. © Gobierno del Estado de San Luis Potosí

Primera edición: julio 2018

GOBIERNO DEL ESTADO DE SAN LUIS POTOSÍ

Juan Manuel Carreras López  
Gobernador Constitucional del Estado

Armando Herrera Silva  
Secretario de Cultura

Manuel Gameros Hidalgo Monroy  
Director General de Desarrollo Cultural

José Armando Adame Domínguez  
Director de Publicaciones y Literatura

SECRETARÍA DE CULTURA  
DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES Y LITERATURA  
MADERO NÚM. 100, ZONA CENTRO, C.P. 78000  
TEL.: 01 (444) 814 07 58

FICTICIA EDITORIAL  
Editor: Marcial Fernández  
Diseño del libro: Rodrigo Toledo Crow  
Cuidado de la edición: Mónica Villa  
Magnolia 11, Colonia San Ángel Inn, c. p. 01060, Ciudad de México.  
[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com)    [ficticiaeditorial@ficticia.com](mailto:ficticiaeditorial@ficticia.com)

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI  
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-607-521-097-1

Impreso y hecho en México /Printed in Mexico

Para Santiago, Juliana y Martín

## EL ZAPATO NEGRO

Me entero de la muerte de Clint Eastwood camino al hospital. Su cara aparece en cada revista y periódico del trayecto. Viejo, joven, maduro, las etapas de su vida desplegadas para aquellos que, como yo, no hemos tenido oportunidad de ver sus películas.

Por supuesto que pienso en mi madre, en lo triste que hubiera estado al enterarse de esta muerte. Me imagino su expresión sorprendida, su mano izquierda acariciando su ceja zurda como hacía cuando algo la preocupaba o entristecía. Es irritante lo bien que puedes llegar a conocer a tus padres. Aún soy capaz de recordar sus pequeños gestos, se cuelgan de mi memoria como monos necios aferrados a un árbol: su tendencia al ruido, siempre con estaciones de radio y programas de televisión de fondo; las constantes miradas a cualquier vidrio o espejo que se cruzara en el camino y le devolviera su reflejo; su manera desordenada de cocinar, imposible sin un libro de cocina; sus dedos deslizándose por mi cuerpo con suavidad y lentitud, como si inventara un dibujo, como si me memorizara.

Sí, mi madre se habría entristecido con la muerte de Clint Eastwood, excepto que ella desapareció hace muchos años, mucho antes de que lo hiciera su actor favorito. Decido

comprar la *Vanity Fair* para mostrársela a mi papá, pero cuando llego al hospital la olvido en la cajuela del coche.

Entro a su cuarto y lo veo tendido sobre la cama en posición fetal, la espalda desprotegida por la bata abierta y sólo el relieve de sus piernas me sugiere que hay un cuerpo escondido bajo las sábanas viejas. Cada vez que entro aquí me pregunto por qué los hospitales son tan feos, y pienso que tenemos tan poco valor por la vida humana que nos permitimos morir en lugares así.

Las piernas de mi papá forman una pequeña Z y puedo decir, sin duda, que lucen más pequeñas que el día anterior. El hospital huele a alcohol, así que la escena me es muy familiar: mi papá, yo, el olor a alcohol. Ya no puede levantar la cabeza; sin embargo, intuyo que sabe que estoy aquí, veo que sus dedos tocan el viejo colchón como si fuera un piano; me está llamando; quiere que me acerque, pero no tiene sentido: ya no tiene voz o, por lo menos, las palabras no pueden salir de su boca, esa boca que alguna vez fue tan feroz, tan brillante.

Quisiera ver sus ojos. La enfermera me ha advertido que estas son sus últimas horas, me lo dice mientras llena una forma; esta enfermera nueva, como si morir fuera sólo un trámite, un papeleo. He estado viniendo al hospital cada día por los últimos cuatro meses y conozco a todo el personal, pero esta enfermera no me conoce, no entiende cómo el tiempo se ha detenido para mí, cómo camino por los pasillos de la Sección B sin nada que hacer más que esperar, esperar a que mi papá muera.

Es una sensación extraña.

Me acerco a él porque noto un tenue temblor, toco su frente con el dorso de mi mano y distingo una leve fiebre; su piel es tan delgada que puedo sentir su cráneo. Ésta es la piel de la vejez, suave y ligera, cada día más intocable.

—Ya nunca me abrazas, la gente joven no quiere tocar a la vieja, es como si nos tuvieran miedo —me decía mi papá, antes de convertirse en esta almohada de piel humana.

Pero mi falta de abrazos era un miedo de otro tipo. Podía sentir el tiempo en su cuerpo, podía sentir sus músculos y su peso desaparecer; era testigo, mes tras mes, de cómo iba ocupando menos espacio, como si de alguna manera fuera su cuerpo quien comenzara a despedirse, y temía romperlo. Su espalda grande, sus brazos musculosos, su pecho firme, eso se ha ido ahora. Ha vuelto a la niñez al igual que sus ojos salvajes, donde ahora se distingue una corriente de tristeza. Sus fracasos, su ruina económica, mi madre y el alcohol están ahí. Yo también nado en ese río.

Sumerjo un trapo blanco en un recipiente con agua que estratégicamente coloco cerca del oído de mi papá. Lentamente lo exprimo para crear una lluvia para él, que siempre amó el agua. Después llevo el pañuelo húmedo a su frente y percibo que eso le gusta, que lo refresque, que lo toque. Sumerjo que es el tacto lo único que lo sigue anclando al mundo. Entonces es así, pienso, así es el final, así es como se ve la muerte. Siempre te lo preguntas, pero nunca esperas verla en el rostro de tu papá. Para mí siempre fue tan grande, siempre inmortal. Paso mi dedo por su nariz, por sus labios semiabiertos, por su barbilla. Puedo ver las manchas del tiempo en su cara y brazos, sumerjo una vez más el trapo. Escurro la lluvia sobre su cuerpo y lo lavo con el pedazo de tela húmeda, deslizándolo sobre su piel. Recuerdo que antes de marcharse, mi madre me contó que así me bañaba él cuando yo era un bebé, debido a mi miedo al agua. He leído antes que la vejez es la inversión del tiempo.

Después de secarlo con una toalla blanca y desgastada, estiro la sábana hasta su cuello y me monto con mucho cuidado sobre la cama, como lo haría un gato misterioso,

para acostarme a su lado. Me quedo ahí, quieto, en sus últimas horas de vida, y me doy cuenta de lo poderosa que suena esta palabra ahora, vida. Permanezco a su lado por última vez, como un bebé en posición fetal, y cruzo un brazo alrededor de su cuerpo pequeño y débil. Bajo el aroma de alcohol y medicinas aún puedo sentir su olor corporal, y me llegan imágenes de risas y cuidados. Lo abrazo tan fuerte como su debilidad me lo permite y puedo sentir su débil estructura ósea.

Ojalá lo hubiera abrazado más.

Mi madre solía decirme que mi papá se parecía a Clint Eastwood, un actor gringo que no conocía.

—Es guapo como él, inteligente, bueno y conservador —me explicaba en los días previos a que nos dejara, antes de que el dios de la botella nos cayera encima, a mi papá y a mí—. Pero, sobre todo, tiene los mismos ojos, la misma mirada profunda, tan atractiva como aterradora.

Después se fue para siempre y nunca supe por qué no me llevó con ella. El día en que se marchó, intenté escondérselo a mi papá cuando llegó a casa, no le dije cómo me abrazó y me dijo adiós mientras yo podía oler su cabello de vainilla.

—Cuida a tu papá —fueron sus últimas palabras antes de enseñarme las ollas sobre la estufa—. Frijoles. Arroz con plátano. Lasaña.

Abría cada tapa como si fuera una dedicada mesera de bufet, para que yo pudiera ver la comida dentro de cada olla, pero yo no veía nada más allá de su mano levantando tapas, sólo miraba su mano, recordaba esa mano peinando mi cabello, esa mano acariciándome la espalda en la cama antes de que me quedara dormido, esa mano haciéndome cosquillas mientras explotaba de risas y miraba en su rostro la perfección de la belleza.

Ya no iba a ver esa mano, nunca más.

Mi madre agarró su bolsa de piel gastada y salió por la puerta llevada por sus zapatos favoritos, unos tacones negros que mi papá le había regalado una navidad. Tenían un tacón corto y una suela color rojo intenso que pareció decirme adiós mientras mi madre se alejaba rápidamente. Un hombre la esperaba en un coche azul.

—¡Se fue, se fue para siempre! —gritó mi papá cuando se enteró y después desapareció por la misma puerta por la que vi irse a mi madre. Volvió a casa después de dos días. Yo estaba solo y me había alimentado de cereal sin leche echado a perder.

Los ojos de mi papá y su lengua exhalaban fuego, y no sintió culpa cuando le dije que tenía hambre.

—¡Déjame sólo! —exclamó sin verme, antes de encerrarse en su cuarto un día más.

El silencio me enterró de nuevo y corrí a la cocina: la botella de tequila no estaba en la alacena y la comida sobre la estufa no olía a algo comestible. Mi papá salió de su cuarto la noche del día siguiente, bañado y afeitado, cariñoso como siempre. La casa era un desastre, el Corn Flakes se había terminado y yo estaba demasiado débil, pero no tenía a dónde ir, nada que hacer excepto esperar, esperar a que mi papá saliera así, listo y arreglado.

—Lo siento, hijo. Vamos por una hamburguesa.

Puso su brazo alrededor de mis hombros y volví a sentirme seguro. Nunca volví a saber más de mi madre.

Años después crecí y un viernes tomé el coche de mi papá para ir a un bar. De pronto escuché un ruido extraño que surgía de la parte de atrás, un golpeteo como de un cuerpo pequeño rodando lentamente por la cajuela, así que paré para mirar. Abrí la puerta del maletero y ahí estaba: el zapato negro de mi madre, aquel con el que la había visto marcharse.

# ÍNDICE

EL ZAPATO NEGRO .....	9
SIEMPRE VOLABAN LOS BUITRES .....	17
PROVINCIA ME MATA .....	25
BIENVENIDO PAISANO.....	39
LA MEMORIA INVISIBLE .....	49
LA HERMANA.....	79
EL VUELO DE LAS 10.....	89
PRIMERA SESIÓN.....	99

«PROVINCIA ME MATA»

DE NURIA KAISER

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 6 DE JULIO DEL AÑO 2018

EN LOS TALLERES DE MÓNICA GUICELA FARFÁN REYES

EN IMPRESORA Y ENCUADERNADORA “EL TINTERO”.

BORIS GODUNOV NÚM. 529 COL. LA NOPALERA, DELEG. TLÁHUAC.

CIUDAD DE MÉXICO, C.P. 13220.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES